Cuando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas. [1] Esto decia Jesucristo pocos dias ántes de entrar al Cenáculo, pasar el Cedron, penetrar en el Jardin de las Olivas y subir al Calvario. Esto dijo el Salvador del mundo; y al explicarse de tal manera, pronunciaba una sublime profecía sobre el porvenir de la humanidad. Habló, y ya desde entónces los destinos de la sociedad, como los caracteres de la virtud y los atributos de la gloria, quedaron pendientes de la cruz. Fueron aquellas palabras la solucion indirecta de todos los problemas que se habian estado agitando de cuatro mil años atras en la razon de los siglos y en el curso de los acontecimientos. La palabra tuvo ya una idea, y la idea tuvo una realidad en las virtudes espléndidas con que el cristianismo vino á enriquecer á toda la sociedad moderna.

La virtud, señores, lo mismo que la verdad, tiene caracteres únicos, y por lo mismo, donde falten estos no pueden hallarse aquellas. Lo mismo sucede con la gloria. Si ella no ha de partir de la conviccion universal producida por un bien positivo, la gloria es una quimera, es una impostura, es una mentira. Yo bien sé que el mundo no piensa de esta manera: tan reducido en su comprension, como errado en su criterio, ni comprende la virtud, ni legitima nunca la celebridad: localizando siempre la virtud y la gloria, las hace morir. Rei de los sentidos y vasallo del sepulcro, vedle siempre bogar entre nacimientos y muertes, entre ilusiones y desengaños; precipitar el torrente de su execracion sobre los hombres y las cosas que ayer estaban atrayendo sus inciensos y su culto, desarrollar una constancia sin ejemplo

1 Joann. XII, v. 32.

en sus máximas, en sus opiniones y en su conducta, traer siempre á la discusion el merecimiento, inmolar la virtud en el escepticismo, y trasformar la gloria en un brillante fantasma que gira sin cesar entre el fanatismo y la duda.

La gloria sin embargo, señores, como la verdad y la virtud, no podian tener condiciones tan miserables ni destinos tan precarios: necesitaba sin duda principios mas fijos, medios mas seguros y resultados mas infalibles; y como la fijeza, la seguridad y la infalibilidad, en toda la extension de sus términos, no es posible que se produzcan jamas por una causa contingente, débil é inconstante, la gloria verdadera, como la verdad esencial y la sólida virtud, no aparecieron en su plenitud, sino con la mision que trajo de los cielos el Santo Fundador del cristianismo. He aquí las verdades que brotan de toda la historia moderna, las convicciones que deja profundamente arraigadas en el alma el estudio de diez y ocho siglos. Desde que la virtud contó con un criterio y la verdad con una institucion, la fama tuvo un canal mas puro, y la gloria pudo atravesar sin inconveniente por la vasta carrera de los siglos, á pesar del inevitable término de todas las grandezas humanas. La gloria en otro tiempo parecia quedar solo para fecundar á los oradores é inspirar á los poetas. El genio especulaba con los recuerdos, la celebridad no tenia poder alguno para enjugar las lágrimas del corazon, y en este caso convendréis en que no era nada. Porque, señores, si la gloria es para quien la conquista, ¿qué es la gloria cuando él ha perecido? ¿Sino ha de ser para él jamas, ¿á qué fin darla el nacimiento? ¿Con qué recursos puede contar el genio para inspirarse, ni la virtud para sostener sus terribles combates?

Felices nosotros, que podemos discurrir sobre la gloria enfrente de los sepulcros, y rendir ante la imágen siempre

viva de la esperanza, los escombros de los siglos y los trofeos de la muerte. La religion cristiana cifra siempre la gloria en la virtud; mas nunca reconoce la virtud fuera del círculo en que al mismo tiempo giran su accion y su pensamiento. Ella, señores, ha bañado con un esplendor purísimo los Estados y los siglos que han vivido de su espíritu; pero es precisamente porque solo ella produce, afirma y conserva las virtudes sociales. ¿Qué prueba mas brillante pudiera daros aquí, que la vida literaria y social del ilustre personaje que lloramos?

Sin duda que es un grande y bello espectáculo el que nos presenta una cuna en que se mecen juntamente las infancias del hombre, del genio, del honor y de la gloria; una vida donde comienzan á correr los anales del propio merecimiento, y á desenvolverse en la inteligencia y el corazon los gérmenes preciosos de la sabiduría y la virtud, como es bello á par que sublime ese criterio católico, que si admite las tradiciones de familia, la alteza de rango, la luz de una historia gentilicia, es como una comitiva exterior que se honra y engrandece con el mérito propio de la persona á quien rodea. El genio de esos grandes caracteres sociales que llaman con viveza la atencion del mundo parece desdeñar con cierta magestad las fechas de privadas genealogías y el empeño de engrandecer las dimensiones de una familia, para incorporarse de lleno en las épocas, y darse todo á los destinos del género humano. El nacimiento y la muerte de los grandes hombres parece coincidir con las épocas mas señaladas del mundo. Los antecedentes del genio y de las altas virtudes sociales tienen su rango de familia en el gran cuerpo de los bienhechores de la humanidad: sus fechas son en cierta manera históricas, porque vienen á refundirse, digámoslo así, en las que andan al frente de las vicisitudes políticas

y morales de las naciones. Cuento en este número al Illmo. Sr. Portugal, pues miéntras de todas y por todas partes corria bajo las basas de la sociedad universal el tenebroso y horrible trabajo de una reaccion organizada contra el poder moral, filosófico y político de diez y siete siglos, vino al mundo juntamente con otros hombres insignes, á quienes preparaba ya la Providencia para reorganizar la sociedad. Tengo razon para creerlo así, vuelvo á decir, pues nacido diez y seis años ántes de la revolucion francesa, figura en nuestra historia patria como uno de los sabios mas esclarecidos que han explotado sus consecuencias políticas en pro de la República mejicana.

Aquel carácter enérgico, aquel juicio sólido, aquel espíritu noble y elevado dieron su crepúsculo en el seno de su familia y desde los primeros dias de su infancia. Señores, el genio se anuncia como la grandeza; la virtud brilla aun en la oscuridad donde se coloca; y si alguna vez lo futuro viene á formularse en lo presente, es precisamente durante esos periodos por donde se desarrolla, para tocar á su completa madurez, el carácter de los hombres insignes. Tal se muestra á mis ojos en su vida literaria y política el sabio incomparable, el ciudadano ilustre á quien lloran hoi sobre ese túmulo las letras y la patria.

Propóngome seguir en él la carrera del sábio, y le veo con cierta especie de trasporte desarrollando ya desde el principio aquel poder sublime de la inteligencia con que se dan á conocer los talentos clásicos desde la infancia de su celebridad. Ellos retribuyen al céntuplo los honores que reciben, y por esto el Seminario de Guadalajara y su ilustre Universidad están cubiertos hoi con el esplendor de su gloria: por esto los pensamientos del grande hombre andan germinando en el talento de muchos sabios, y por esto cada

dia parecen rejuvenecer en Jalisco las memorias del Sr. Portugal, relativas á la época en que desempeñó con tanta gloria el magisterio ilustre de las ciencias.

Tal es el privilegio del sabio. Mas esta sabiduría tan codiciada en todos los siglos, esta sabiduría con que filósofos y políticos buscaban constantemente la gloria, fallaba siempre, bien lo sabéis, en los momentos mas críticos de la prueba, y por eso nada era tan precario y tan dudoso como la gloria. A vos ¡ó Dios mio! estaba reservado hacer bajar al corazon las concepciones de la inteligencia, y formular en las grandes virtudes los felices efectos de la doctrina y de la ciencia. El Illmo. Sr. Portugal, como el insigne Bossuet, buscaba siempre en el gran código del mundo regenerado las máximas preciosas que forman al ciudadano: sabia mui bien que el corazon del sabio se ha de abstener del mal, y que en la observancia diligente de la justicia está cifrada la primera condicion de la gloria. [1]

Ya no me admiro, señores, de ver á este hombre incomparable mui jóven todavía, y cuando aun no habia recibido alguna de las altas condecoraciones de la Iglesia ó del Estado, disfrutar en la capital de Nueva Galicia entónces aquellas consideraciones distinguidas que irresistiblemente atraen sobre sí los grandes hombres, por el rango personalísimo en que los colocan el genio, el talento, el saber y la virtud. Ya comprenderéis que os hablo de una época y un teatro que, si han recibido los apodos de *oscuros* por la miserable superficialidad de nuestros dias, eran sobremanera respetables á los ojos de los verdaderos sábios: os hablo de Méjico en una de sus mas brillantes épocas; me refiero á un tiempo en que se preparaban las ilustres carreras que mas hemos ad-

1 Eccli. 3, 32.

mirado despues en los altos personajes de la nacion, en que figuraban hombres qne han recibido los honores del talento en las córtes de Castilla, hombres que han estado al frente de los negocios públicos ocupando la primera magistratura de la nacion, en que se educaban hombres que han llevado con honor despues la cartera de gabinete en los ministerios de Estado, en que la milicia tenia sus capitanes insignes, la toga eminentes jurisconsultos, la Iglesia sabios doctores, en que las ideas se desarrollaban con increible precocidad, en que el Episcopado por último tenia modelos de todos géneros en la santa Iglesia megicana: os hablo de un tiempo en que se andaba y padecia mas que ahora para llegar á los últimos honores de la carrera, y en que todavía no empezaba á correr la era de las apologías. ¿Cómo encarecer bien el eminente mérito de un hombre que tuvo una primacía de eleccion para dirigir la voz de la Iglesia al primer cuerpo electoral del Estado, que recibió tantas pruebas de estimacion y de concepto en aquella ilustre sociedad, que tuvo el honor de poseer en alto grato la confianza del Illmo. Sr. Cabañas, y el timbre bien raro de un voto académico, emitido espontáneamente para recompensar su saber y su elocuencia? [1] De este modo su nombre corria entre las alabanzas de los pueblos y el testimonio de la Iglesia. ¡Brillante corona que pone el Espíritu Santo sobre la frente del verdadero sabio! *Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudes ejus enuntiabit Ecclesia.* [2]

Pero los años corrian en tanto, y apresuraban la venida de aquella época en que nuestra patria, saliendo de la tutela de tres siglos, habia de alistarse en el catálogo de las na-

1 Véase la nota B al fin del sermon.

2 Eccli. cap. XXXIX, v. 14.

ciones, aquella época en que el pais, rendido casi á la penosa contienda que habia sostenido por dos lustros, parecia vacilar entre la consumacion ó el abandono total del pensamiento que se anunció en Dolores en 1810, la época en que los golpes mas terribles, las experiencias mas costosas, los desengaños mas funestos habian como amortiguado el antiguo esfuerzo, y llamaban al terreno del consejo, del cálculo y la sabiduría, la cuestion que se habia debatido sin órden en el campo de batalla, la época en que acaso por la primera vez el criterio político abarcaba en su pensamiento la situacion del pais, la época en que iban á sopesarse, digámoslo así, por las mas altas inteligencias de Méjico las esperanzas y los recursos de dos grandes colonias para llegar á la independencia. Era necesario reunir á los grandes hombres, y no existian aun en el punto de exageracion que hoi conocemos esas rivalidades políticas que han venido á crear entre nosotros cierta especie de escepticismo cuando se trata de recompensar el mérito y la virtud. Las reputaciones de esta época estaban acrisoladas en todas las pruebas, y podian pasar á la posteridad sin el inconveniente de la duda. Una de estas reputaciones esclarecidas fué la del SEÑOR PORTUGAL: nuestros fastos nacionales le presentan como uno de los individuos á quienes fué cometida la promocion de nuestra independencia, y en tan célebre junta, impelido por una confianza y un honor sin límites, desenvolvió aquella imponente actividad, cuyo recuerdo se conserva todavía mui vivo al cabo de treinta años.

No todos los tiempos son igualmente propicios para la celebridad: hai siglos estériles y siglos fecundos, y la realizacion de la independencia de Méjico forma una de estas grandes épocas donde la posteridad ve incorporarse de lleno á los héroes y á los sabios de primer órden. No podia ocultarse al Sr. Portugal la conquista que acababa de hacer para su nombre; pero esto, que hubiera sido ya mucho para la ambicion, era mui poco para la virtud. Tal es la diferencia que media entre el ciudadano que forma la política y el ciudadano que forma la religion: el uno se ve á sí mismo; el otro ve siempre á la patria: el uno complica sus intereses con los intereses sociales; el otro inmola sus intereses y sus esperanzas en las aras de la prosperidad pública: el uno ve siempre al pueblo por lo que de él espera; el otro ve siempre á Dios por lo que de sí desconfía: el uno arrastra con pena los disgustos por entre la carrera de los aplausos; el otro soporta con dificultad los honores por el sendero de los sacrificios y el teatro de las sólidas virtudes.

De esta manera admiro el genio de la religion en el carácter social de tan esclarecido personaje; y no me sorprende ya que esos tributos de honor, que tanto relajan á veces los resortes del merecimiento, no enerven sus facultades ni detengan sus pasos por la carrera de bien. Vedle, si no, en el gran sistema de su vida política; seguidle por esa carrera vastísima que anduvo entre la admiracion y el reconocimiento. La independencia, que para otros era un objeto final, se presentó siempre á su vista como la grande transicion de un pensamiento que arrastraba de continuo su corazon á la sólida ventura, progreso legítimo, goces reales y grandeza bien entendida de su patria. Ved cómo domina esta idea en todos los pasos de su carrera pública, cuál se sobrepone á todas las dificultades, y cómo triunfa en las situaciones mas imponentes y en las crísis mas terribles. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los mejicanos echará nunca en el olvido aquella época para siempre memorable, en que desarrollándose sobre las opiniones no sé que influencia fatal, electrizó las pasiones políticas hasta el extremo de